

Plaza pública

para la edición del 23 de agosto

Apresuramientos electorales

Miguel Ángel Granados Chapa

Antes de la medianoche de antcayer domingo, cuando apenas había un cuatro por ciento de los datos oficiales, y ni siquiera su propio partido había ofrecido una evaluación de la jornada, el candidato presidencial del Partido Acción Nacional, Diego Fernández de Cevallos, virtualmente se allanó a los resultados de la elección que lo involucraba. Ese gesto, que en otros países incluye hasta el reconocimiento de la victoria ajena, no sería cuestionable en lo absoluto si surgiera de la plena convicción, que respecto de los comicios sólo puede estar determinado por resultados inequívocos.

Claro que desde hora y media antes el aire se había poblado de cifras procedentes de ejercicios particulares de contabilidad electoral, que eran coincidentes en la estructura de los resultados aunque diferían en los porcentajes atribuidos a cada uno de los tres candidatos presidenciales. De cualquier modo, y puesto que no se percibía tendencia alguna a un "madruguete", es decir a la autoproclamación de otro candidato, no parecía haber un móvil que apremiara la solemne declaración de Fernández de Cevallos, impregnada del tono de hidalguía que gusta imprimir a sus discursos.

Conviene examinar las probables causas que empujaron al aspirante presidencial panista a retirarse

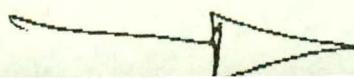


- 2 -

del campo de batalla antes de que los jueces hubieran dictado su dictamen. Una consiste en reconocer en Fernández de Cevallos y en la dirección de su partido un acusado sentido de responsabilidad política. Ante la incertidumbre resultante de que las cifras oficiales no fluyeran con la velocidad esperada, aprovecharon para hacer una tarea de pedagogía política, consistente en introducir en el ánimo de sus militantes y votantes un elemento de certidumbre para no hacerlos construir castillos en el aire. de paso, el discurso de Diego serviría para mostrar que la verdadera democracia lo mismo produce triunfos que derrotas y ambos deben recibirse con el mismo talante. Hay, sin embargo, una dificultad para aceptar esta primera hipótesis, que estriba en el cuestionamiento asestado por el candidato panista al proceso electoral, de donde no se deriva que crea vivir en un régimen verdaderamente democrático.

También puede ocurrir que, frente al anuncio del cardenismo de ocupar los espacios públicos a partir del lunes, Fernández de Cevallos buscara una nueva y radical diferenciación con el otro gran partido opositor, proclamando una política de moderación, que dé confianza a los electores con miras al futuro. Ya se sabe que el tiempo es uno de los ingredientes de la estrategia panista, amasada durante más de medio siglo.

Pensemos, finalmente, que la aparición al público de Fernández de Cevallos resultó de un acuerdo con el gobierno. No sería extraño que lo hubiera ni es denigrante para las partes que se suponga que lo hubo, aunque en política los pactos secretos tienen un tufo



- 3 -

desagradable. Para nadie es un secreto que, aparte ser uno de los autores de la vía de concertación con el Presidente Salinas (aun para que ostentara ese título), Fernández de Cevallos fue el principal operador de esa proximidad. Los móviles de una alianza surgida de tal acercamiento fueron en gran medida públicos y claros, y se reflejan en la legislación priista que puso en práctica el programa panista. Pero quienes indagan en esa conducta en busca de la zona oscura de las malas motivaciones hasta pudieron atribuir a esa cercanía el receso en que incurrió el candidato panista después del debate del 12 de mayo. Fue tan inexplicable el retraimiento del candidato triunfador en ese cotejo, que parecía que hubiera tenido que corregir una sobreactuación que mejoraba su posición electoral por encima de lo esperado.

La posición asumida anteanoche por Diego tendría dos efectos en sus nexos con el gobierno. Por un lado, al legitimar apresuradamente la elección, haría un invaluable servicio al candidato victorioso, que podría redundar en una suerte de cogobierno, más abierto que el virtualmente establecido ya para ciertas materias y en ciertos niveles. Por otra parte, impediría que la impugnación perredista a los resultados electorales tenga una plataforma social ancha, al sustraer de ella a los seguidores del panismo, aunque se sientan tan agraviados como los de Cárdenas. Aislar al adversario común ha sido una táctica practicada exitosamente ya en otras coyunturas por los jefes del PRI (es decir el Presidente de la República) y el PAN.

— 4 —

En los extremos más negativos que pudieramos imaginar, la postura de Diego es de máxima elegancia comparada con la otra muestra de apresuramiento electoral que hoy deseamos ofrecer. En la feria de observación electoral simulada a que, como efecto perverso dio lugar la necesidad de un escrutinio social sobre las elecciones, surgió un Consejo Nacional de Asociaciones de Observación Electoral, dirigida por unos vivales, que arrastraron consigo a clubes prestigiados como los rotarios (si bien fallaron en su tentativa de engañar a la maestra Paulina López Portillo, que renunció a un cargo en esas asociaciones tan luego como advirtió de qué se trataba). A una hora en que nadie estaba en condiciones de evaluar la jornada electoral, al paredear la tarde del domingo, y cuando todas las agrupaciones de observación pasaban graves dificultades para compendiar su información, ese Consejo, "con toda autoridad moral" según dijo, se colocó por encima de todo. Reconoció en la jornada electoral una "fiesta cívica en la cual se vio con claridad que el pueblo de México desea la paz, desea vivir en la democracia y tiene muy en alto su libertad". En el colmo del autoregodeo, el Consejo mencionado anunció que "la historia se mostrará complacida con nuestra generación porque es ejemplo de convivencia social". Así lo prueba, agregamos nosotros, el auge del narcotráfico y su violencia, el homicidio de un candidato presidencial, y la amenaza de una nueva guerra en ~~el sureste~~ ^{la selva} de Chiapas con ramificaciones en otras comarcas.